

EL DÍA FELIZ DE MERCEDES

Por *Lilith Rushing*

MERCEDES iba caminando por el sendero que conducía a la casa de la Sra. Conte. Mientras caminaba apretaba con fuerza la mano de la mamá. Todo le parecía muy extraño. Hubiera querido que en ese momento la mamá la hubiera llevado de regreso a la casa.

Pero la mamá le apretó la mano y le dijo:

-Mercedes querida, tú tienes cuatro años. Hoy tienes que portarte como una niña valiente y hacer que éste sea un día feliz. Te quedarás con la Sra. Conte durante unos días mientras yo voy para ayudar a la abuelita. Tú sabes que ella ha estado muy enferma. Cada día, cuando papá vuelva del trabajo, vendrá a buscarte.

Mercedes se mordió el labio y trató de retener las lágrimas.

-Sí, mamá, trataré... trataré. - de que hoy sea un día feliz.

-Si hoy eres valiente, mañana también será un día feliz -le aseguró la mamá.

La mamá llamó a la puerta. Mercedes se enjugó una lágrima que tenía en la mejilla y trató de sonreír a la Sra. Conte cuando ésta acudió a abrir la puerta.

-¡Oh, aquí está la niña que se quedará conmigo mientras la mamá se va! Pasen.

Entraron en la casa, y la mamá puso en un rincón la caja que había traído con los juguetes de Mercedes. Entonces, mientras la mamá y la Sra. Conte conversaban, Mercedes miró a su alrededor. La sobrecogió un sentimiento de soledad, y no pudo contener las lágrimas. Luego la madre se fue y Mercedes lloró un poco.

-Siéntate en el sillón-hamaca, querida -le dijo bondadosamente la Sra. Conte-. Te traeré la muñeca. Si tienes la muñeca en los brazos, no te sentirás sola.

Y la Sra. Conte le trajo a su muñeca Betty de la caja de juguetes, y se la puso en los brazos.

-Ahora tengo que trabajar en la cocina, Mercedes -dijo la Sra. Conte-. ¿Te gustaría hacer una casita en el rincón para jugar?

La Sra. Conte fue a la cocina y Mercedes se sintió tan sola que se estremeció. Estaba pensando en la mamá que se iba en el ómnibus. Pasaría mucho tiempo antes de que el papá regresara del trabajo y la buscara. De repente Mercedes se echó a llorar.

La Sra. Conte regresó al cuarto.

-Oh, me pareció que oí llorar a una niñita. ¿Era tu muñeca? -le preguntó sonriendo.

Mercedes luchó por contener las lágrimas.

-Creo que sí -dijo tratando de sonreír.

-¿Por qué no vienes a la cocina conmigo? Voy a hacer dos tortas, y necesitaré ayuda.

Mercedes siguió a la Sra. Conte a la cocina. Trajo los huevos de la refrigeradora para que la Sra. Conte pudiera hacer las tortas. También tamizó parte de la harina. Era divertido. Después del almuerzo, la Sra. Conte llevó a Mercedes al dormitorio para que hiciera la siesta. Mercedes se quitó el vestido y la Sra. Conte le ayudó a ponerse un salto de cama. Se quitó los zapatos y las medias y se acostó. La Sra. Conte la besó en la frente, corrió las cortinas y abandonó el cuarto.

Entonces se sintió de nuevo sobrecogida por la soledad que sentía al estar separada de su mamá y ese cuarto le pareció muy extraño y frío. Todo le parecía raro y desconocido. De pronto volvió la cabeza y vio un cuadro en la pared. Parecía como que el personaje que había en el cuadro la hubiera estado mirando y que le hubiera dicho que la amaba y que no necesitaba sentirse sola. Mercedes cerró los ojos y se durmió. Cuando se despertó, no pasó mucho tiempo hasta que llegó el papá a buscarla. La Sra. Conte había alistado una de las tortas que horneó para que el papá la llevara a la casa.

-¿Fue hoy un día feliz para ti, Mercedes? -le preguntó el papá en el camino de regreso a la casa-. ¿Ya te hiciste amiga de la Sra. Conte?

-Oh, sí, papá. Fue un día feliz después que vi el cuadro de Jesús. Al principio me sentía muy sola y triste. Pero luego sentí que éramos todos amigos: Jesús, la Sra. Conte y yo.



